

Los Industriales de la Muerte

Todo nos anuncia la inminencia de una nueva conflagración mundial.

Las noticias que a diario nos trae el telégrafo son desconcertantes. Fracasas las gestiones por la paz, y los gobiernos están jugando una ridícula partida de ajedrez, esperando dar el «mate» al «enemigo» en la primera oportunidad.

Mientras tanto, los asesinos que trafican con las vidas humanas, los plutócratas del armamentismo, los Schneider, los Skoda-Schneider, los Krupp, los Vickers y los Morgan, venden toneladas de máquinas guerreras, y manejan los peles políticos a su antojo, como se maneja a las marionetas en un teatro de polichinelas.

Y los pueblos soportan todas las contingencias inherentes a los preparativos guerreros, o de la guerra misma, hambre, enfermedades, penurias sin cuento, el abandono del hogar, etc., etc., y los bandidos de la industria de la muerte, los fabricantes de cañones, fusiles y demás aparatos bélicos, llenan de oro sus cajas de caudales.

Los estados gastan ingentes sumas para mantener los ejércitos, y la paz es un cuento de «Las mil y una noches», pues no es sino una tregua para guerrear a la primera oportunidad.

Mr. Arthur Henderson, el Presidente de la Conferencia de Desarme, que falleció recientemente, declaraba no hace mucho: «El término medio de los gastos militares en 61 países, durante los 4 o 5 últimos años, alcanzan a la fabulosa suma de 4.000.000.000 de dólares por año».

Los negociantes de armamentos se valen del soborno y de otros medios ilícitos, como la coima, para inducir a los gobiernos a la compra de maquinarias de destrucción, y una vez que han armado a los bandos tienen sus agentes de provocación para encender la hoguera y seguir abasteciendo a los combatientes.

Respecto a nuestro medio, el compañero doctor Mario Bravo puso en evidencia en la Cámara de Senadores de la Nación, no hace mucho tiempo, en qué forma se venía haciendo este negocio. Su palabra amplia y viril denunció ante el pueblo argentino una serie de negocios turbios...; y todos sabemos en qué quedó el asunto. Se procuró silenciar esas denuncias, y la prensa toda apenas si se hizo eco de las declaraciones del camarada Bravo.

Los grandes patriotas fabricantes de armas, que han proclamado, como Krupp, su desinteresado amor para Alemania, no han trepidado en vender armas a otros países, y así fue como durante la guerra, los soldados alemanes eran barridos por las granadas en cuyas espoletas estaba estampada la patente de Krupp. El alambre de púa fabricado en Alemania servía para que los aliados cerraran el paso a las tropas y los ultimaran a bayonetas, con bayonetas vendidas por Krupp.

Los buques alemanes fueron hundidos por los ingleses, quienes usaban visores contruidos en Alemania. El acero de los fusiles franceses, rusos e italianos, fué comprado en Alemania. Casi toda la flota rusa era construida con capital alemán. Los cascos de acero de la infantería aliada eran hechos en Alemania. Las tropas inglesas fueron ultimadas por los proyectiles que se cargaban con pólvora del trust manejado por ingleses. Muchas tripulaciones inglesas fueron hundidas por torpedos, minas y submarinos que se hacían en arsenales de propiedad de una firma inglesa. Y así podríamos citar infinidad de hechos.

¡He ahí el patriotismo de los bandidos fabricantes de armamentos!

Fenner Brockway, Secretario del Partido Laborista Independiente Inglés, en su libro «El tráfico sangriento», estudia todo este proceso interesantísimo de los industriales de la muerte, y a él remitimos al lector.

Y hoy todo hace presumir que ese escandaloso comercio se está desarrollando con mayor provecho para los señores accionistas de las firmas indicadas. Según una estadística reciente de la Sociedad de las Naciones, el tráfico internacional de armas era en 1933 de 36.200.000 dólares oro, y la cifra aumentó en 1934 a la friolera de 41.500.000. ¡Todos los gobiernos vienen hablando de la paz... pero todos esos mismos gobiernos se arman!... Esa es la verdad.

Es necesario tener en cuenta que estos datos se refieren a las ventas de nación a nación. Debe sin embargo sumarse las compras que los gobiernos hacen a las fábricas de sus países respectivos, que alcanzan cifras enormes, y que no se consignan en los guarismos que presenta la Sociedad de las Naciones.

Frente a estos aprestos bélicos, los pueblos mantienen una calma desesperante.

Es preciso que en la Argentina, es decir, dentro de la órbita que nos toca actuar, como sección de la Humanidad, los pacifistas de verdad estrechen sus cuadros de lucha en un amplio frente popular anti-fascista y anti-guerrero.

Mucho se ha dicho y se ha escrito sobre la guerra, y poco se ha hecho para extirpar sus raíces. Debemos estar preparados para cualquier contingencia guerrera. Es necesario hacer una amplia campaña, que llegue a todos los sectores de la masa argentina, proclamando nuestros postulados de reivindicaciones, aclarando el contenido revolucionario de la clase productora llamada a instaurar un régimen social en donde no sea posible el crimen de la guerra, ni la existencia de los industriales de la muerte.

Sólo así cumpliremos los socialistas con nuestra misión de avanzada del proletariado argentino.

Tucumán, Noviembre y 1935.

M I G U E L G R A T A C Ó S

EL MANDATO DEL MOMENTO FRENTE POPULAR

Vivimos un ambiente de violencias de los de arriba que producen la indignación de las fuerzas populares. Se alzan los puños crispados contestando a la canalla ensoberbecida que con su atropello brutal revive el malón de Quiroga, que aterrorizaba al norte argentino con sus cargas salvajes.

La figura sangrienta de la mazorca que al mando de Cuitiño degollaba en nombre de Juan Manuel de Rosas, revive en los matones que apostados en las puertas del comicio obligan a votar por el gobierno, y en los esbirros armados de carabinas que sitian la ciudad y siembran el terror.

Al federal de chiripá lo substituye el caudillo bárbaro que viste y calza zapatos de charol. El grito de ¡viva la Santa Federación! ¡muera los salvajes unitarios!, encuentra su identificación en el grito prepotente de: ¡No pasarán!

Frente a este cuadro desolador de hipocresías y de salteamientos se alza la voz viril del pueblo que grita: ¡atrás bárbaros!, vuestro lugar es el del museo de antigüedades del que nunca debieron salir. Y al mismo tiempo se nos plantea esta pregunta: ¿qué hacer?

Recogiendo esa pregunta surge la contestación rápida y eficaz para la demolición de éste régimen de barbarie y despotismo. La solución es la concreción de un frente popular donde se congreguen las fuerzas de oposición: partidos socialista, comunista, demócrata progresista, gremios obreros, grupos estudiantiles, etc.

No es hora de llamados a la reflexión a los hombres de la oligarquía que usurpan el gobierno del país. No es posible que ante el cuerpo herido del pueblo pidamos al asesino y a sus cómplices que subsanen y rectifiquen anomalías que no son más que lógicos productos de un régimen carcomido, que si se sostiene es debido a la falta de orientadores que coordinen y encaucen la acción de las masas; que canalicen el grado de descontento de la misma y la guíen por el camino de su liberación.

Es imprescindible que sobre todas las divergencias de círculos o partidos, se consulte la gravedad del momento y se dejen a un lado las protestas de doncella virginal y se llegue al terreno de las soluciones prácticas: o los partidos políticos que dirigen a la masa popular se ponen a tono con las exigencias de la hora grave que se vive o el pueblo les volverá la espalda y entonces puede repetirse aquí lo sucedido en Italia, Austria y Alemania: que cualquier aventurero subvencionado finja sentir las inquietudes de las capas populares y aproveche ese grado de efervescencia para fines de beneficio fascista.

¿Acaso la mayoría aplastante de la población no es opositora al gobierno actual? Esa fuerza tiene en sus manos el recurso de paralizar los medios de producción, de transporte, comunicaciones, etc., y no es po-

sible que se desperdicie un material humano tan importante. Es necesario agitar esa masa; unificarla y predisponerla para luchar contra un gobierno que ha entregado la economía del país a la voracidad imperialista y que orienta la política hacia formas de dictadura, que le aseguren la explotación tranquila y segura del trabajo y el esfuerzo del pueblo.

En Chivilcoy, recogiendo esta iniciativa, el Centro Socialista designó a tres compañeros para que propiciaran una acción en común, con cierre del comercio y un mitin público, sin perjuicio de otras exteriorizaciones, ante los partidos políticos de actuación local: radicales y comunistas y los grupos estudiantiles. El Partido Comunista —que facilitó su ayuda directa y valiosísima al Partido Socialista, durante la reciente campaña electoral— se plegó entusiastamente, lo mismo que un grupo de estudiantes secundarios, pero el obstáculo estuvo en el radicalismo, que en su demagogia característica manifestó, por medio de sus dirigentes, estar de acuerdo con un frente popular, pero debiendo atenerse a las directivas del Comité Central no podía intervenir.

Esta negativa del radicalismo no debe servir, en ningún momento, para lo que se argumenta; que a raíz de no colaborar el radicalismo no es posible hacer un frente popular con fuerzas minoritarias. Pero ¿acaso debemos marchar a impulsos del radicalismo? Grave error. Frente a la negativa del radicalismo contestemos con el frente popular entre socialistas, comunistas, gremios obreros, estudiantes y todos aquellos que deseen colaborar en ese movimiento de impulso renovador.

Desenmascaremos ante la masa popular la actitud suicida de los dirigentes radicales y procuremos inculcar la necesidad de luchar unidos contra la reacción fascista. Agitemos la ciudad y el campo, hablándoles con claridad y valentía. Cumplamos con el deber que nos señala nuestra conciencia de clase. Recojamos la dolorosa pero aleccionadora experiencia de los países europeos donde el proletariado cometió el error de luchar dividido y apoyar en algún momento a fuerzas de la reacción.

Que el Partido Socialista sea mayoritario sobre el comunismo o los demócratas progresistas, eso no interesa. Lo que debe interesarnos es que estas fuerzas, socialistas y comunistas, contienen la esencia revolucionaria que es lo que se necesita para detener la ola reaccionaria que carga contra los derechos y las libertades y frente a ello no cabe otro deber, otra exigencia imperativa que luchar valientemente.

Los timoratos, que se hagan a un lado. De ningún modo deben ser obstáculos en estas horas decisivas.

«La historia la escriben los más capaces y no los mediocres.»

CHIVILCOY

NOVIEMBRE DE 1935.

V I C E N T E J. A B R I O L A